

en los precios del petróleo ha hecho que la pobreza disminuya hasta cierto punto, pero Putin no se ha esmerado por erradicarla.

La oposición, al cabo de años de acoso en manos de Putin, no ha logrado aprovechar la inestable situación actual. Pero el reciente estallido de protestas populares ha desconcertado a Putin, al darse cuenta de que su gobierno autoritario carece de las válvulas de escape que le permiten a las democracias liberales anticipar y aliviar las expresiones de descontento.

Putin no puede seguir dando por sentada esta supremacía. Aún no se trata de una situación revolucionaria. A fin de cuentas Putin, como antes lo hiciera Yeltsin, puede contar con el dinero y con la política de concesiones necesarias para ganar la presidencia el próximo año; y no tiene empacho en permitir que las agencias de seguridad usen la fuerza.

Sólo que los rusos, luego de alejarse como en rebaño del comunismo, empiezan a despertar a la idea de que si quieren democracia y justicia social, se tienen que involucrar en la lucha activa. Inactivos en los días finales del comunismo veinte años atrás, acaso estén a punto de plantarse en defensa de sus derechos.

Los mitos de la nueva y la vieja Rusia

Rodric Braithwaite



Rodric Braithwaite (Londres, 1932) es autor de varios libros que se derivan de su pasión y conocimiento de Rusia, así como de su experiencia como embajador en Moscú entre 1988 y 1992: *El compromiso de Rusia* (ICIPE, traducción de Agustín Vergara Sharp y Míriam Rodríguez Murphy, 1995), *Russia and Europe* (1999), *Across the Moscow River: The World Turned Upside Down* (2003) y *Moscú 1941: una ciudad y su pueblo en guerra* (Crítica, traducción de Gonzalo G. Djembé y Francesc Fernández Sánchez, 2006). Braithwaite estudió letras francesas y rusas en la Universidad de Cambridge, y en

1995 se sumó al servicio diplomático inglés. Tomado del *Financial Times* del 22 de diciembre de 2011. Nota y traducción de Antonio Saborit.

La decisión de Putin de competir nuevamente por la presidencia puede resultar su mayor error político, pues comienza a resbalar del otro lado de la curva de la campana.

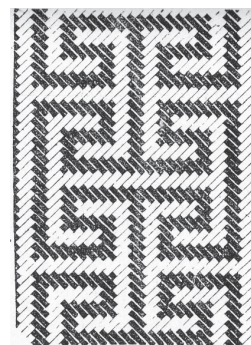
En la Navidad de 1991 aún traíamos puestos nuestros sombreritos de fiesta y seguíamos comiendo nuestros *pies* de carne molida cuando Mijaíl Gorbachov salió en la televisión a decirle al mundo que acababa de renunciar como presidente de la Unión Soviética. Nos asomamos al Kremlin al otro lado del río Moscú. La bandera roja era arriada por última vez.

Numerosas esperanzas se han esfumado desde entonces. Pero ésa no es razón para darle la espalda a la misma esperanza. Mucho de lo que hoy en día sucede en Rusia es profundamente desagradable. Pero al contrario de lo que se podría entender por medio de la prensa occidental, Rusia no es la Unión Soviética. Es un país comparativamente abierto y próspero. Los rusos viajan al extranjero por cientos de miles. Hay más rusos que alemanes en Internet. Y hoy los rusos que votaron con entusiasmo por el cambio en 1989 han empezado a exigir su derecho a que se les escuche. La decisión de Putin de competir nuevamente por la presidencia puede resultar su mayor error político, pues comienza a resbalar del otro lado de la curva de la campana.

Los historiadores nunca establecerán por qué se desplomó la URSS; todavía no se ponen de acuerdo sobre el motivo por el que cayó el Imperio romano. Pero sí pueden despejar algunos de sus mitos: que el hecho nadie lo anticipó, por ejemplo, o que un político más competente que Gorbachov habría podido manejar mejor la transición.

A partir de la década de 1960 hubo señales de que el sistema soviético se encontraba en un serio declive: la falta de bienes de consumo, las primitivas condiciones de vida, las fábricas decrepitas, la agricultura disfuncional, el énfasis exagerado en la industria pesada y en la defensa, las tasas de crecimiento cercanas a cero. La URSS ya estaba perdiendo en la competencia con su rival en la guerra fría. Jrushov lo vio, trató de reformar el sistema, y fue derrocado.

Durante los siguientes quince años la Unión flotó sobre un océano de petróleo caro. Aun así, el disidente Andrei Sajárov predijo abiertamente que sin una reforma política genuina la economía se habría de estancar. La cabeza del cuerpo estatal organizativo en privado se mostraba igualmente sombría. En 1985, con la desesperación de dar con alguien que pudiera poner bien las cosas, los ancianos en el Politburó eligieron a



En Occidente se critica a Gorbachov por ponerse tontamente a tratar de reformar el sistema en lugar de abolirlo. Él también fue reo de su propio medio. Pero durante sus años en el poder, transitó un largo trecho del comunismo a algo como socialdemocracia —el camino razonable que una persona sensata puede tomar.

Gorbachov: imaginativo, entusiasta y —tenían la esperanza— ortodoxo.

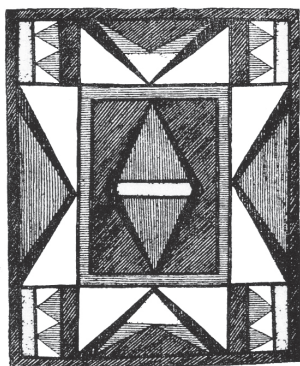
Sólo que Gorbachov creía que el sistema no iba a poder revivir sin un cambio radical. Su discurso en Naciones Unidas en diciembre de 1988 señaló el primer paso en la retirada del imperio. En marzo de 1989 organizó las primeras elecciones serias en un país comunista desde la guerra. Pero se topó con un problema conocido: el empeño por reformar un sistema dañado sólo lo puede desestabilizar aún más. Al comienzo de 1990 —dos años antes de la caída— escribí a Londres que una revuelta pero constante desintegración era lo que se estaba dando allá. Yo no era el único que así lo juzgaba.

¿Por qué entonces los analistas de la inteligencia de Estados Unidos llegaron a la conclusión de que la Unión Soviética habría de permanecer como el principal adversario de Occidente en el futuro a la mano? La respuesta es política, hasta sociológica. Durante la guerra fría los dos lados veían las cosas en blanco y negro. Los funcionarios se apegaban a los análisis de las peores situaciones, porque eso era mucho más seguro. Los soldados hablaban de grandes amenazas para obtener presupuestos mayores y armas más sofisticadas. En 1988 un analista de la CIA le dijo al Congreso que ni él ni sus colegas se pusieron a ver realmente los factores que podrían haber llevado al final de la Unión Soviética porque “nos habrían dicho que estábamos locos”. Otros asesores en ambos lados del conflicto les dijeron a sus jefes lo que querían escuchar.

En Occidente se critica a Gorbachov por ponerse tontamente a tratar de reformar el sistema en lugar de abolirlo. Él también fue reo de su propio medio. Pero durante sus años en el poder, transitó un largo trecho del comunismo a algo como socialdemocracia —el camino razonable que una persona sensata puede tomar.

Se le puede criticar por no haber abordado el problema económico. Pero a Gorbachov le dio miedo el quiebre que podría haber provocado la radical solución del mercado libre. Las delirantes reformas de Yeltsin suscitaron una desenfadada inflación y años de empobrecimiento para muchos rusos: el precio inevitable, tal vez, del cambio necesario.

La crítica menos convincente es que Gorbachov no pudo manejar al genio del nacionalismo. Para 1989 ese genio ya se había salido de su lámpara maravillosa. Gorbachov pudo haber sacado los tanques. En cambio eligió tratar de crear una federación genuina y voluntaria de repúblicas soviéticas —una solución que la mayoría de los dirigentes occidentales preferían en lugar de la pesadilla alternativa de “Yugoslavia con armas nucleares”— a la sangrienta desintegración de una super potencia nuclear. Su empeño lo obstaculizó el golpe de Es-



tado de agosto de 1991 y la determinación de Yeltsin de hacerse del poder para sí.

Así fue como renació Rusia a la mitad de ese invierno: un país hambriento, azotado por la pobreza, humillado y sumamente resentido por su pérdida de *status*. Hasta los rusos que habían dado la bienvenida al final del comunismo y a las libertades que trajo Gorbachov le echaron a él la culpa de la destrucción de su enorme país.

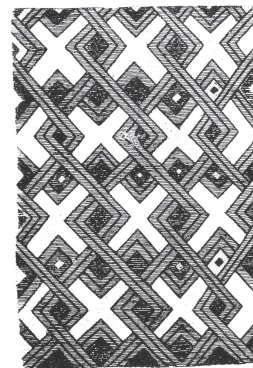
Aunque hoy eso no lo creen los rusos, se dio un auténtico resurgimiento de buena voluntad en Occidente y el deseo de ayudar. En algunas zonas se dio una desagradable nota de triunfalismo, la sensación de que entonces habríamos de doblegar a nuestro antojo a los rusos. Algunos llamaron a esto realismo, pero ese no fue el lenguaje de los hombres de Estado.

La política de Occidente reflejó ambos patrones. A los rusos les dijimos cuán corrupta era su política y que se violaban los derechos humanos. Les dimos asesoría legal cara y muchas veces irrelevante. Insistimos en que adoptaran metas políticas extrañas, pero ignoramos los que para ellos eran intereses legítimos. Ampliamos la OTAN a pesar de las afirmaciones verbales en sentido opuesto. Bombardeamos a su aliado, Serbia. Nos metimos en su vecindario. A nuestro consejo se le desacreditó, puesto que los rusos se pusieron a pensar que nosotros no éramos sinceros con nuestros propios principios y que incluso éramos incapaces de conducir adecuadamente nuestra tan cacareada economía liberal.

En paralelo, aunque no necesariamente por consecuencia de lo anterior, la política rusa se volvió cada vez más sucia. Se volvieron a combinar los altos dividendos del petróleo con la inercia política para tullir cualquier nuevo empeño por una reforma fundamental.

Cinco meses después de que se arriara la bandera, escribí que a Rusia le llevaría décadas, tal vez hasta generaciones, superar sus dificultades económicas, imperiales y de otro tipo. Pero le informé a Londres que no era un optimismo creer que Rusia en su momento podría desarrollar su propia democracia, sin duda imperfecta.

Esa no fue una predicción. Pero sigue pareciendo una proposición defendible.





10